

Borrow y la xenofobia española

5-92

JORGE Borrow vino á España á repartir Biblias — de esas que mucha gente presumida culta llama protestantes — en 1835. Fruto de sus correrías por nuestra Península fué aquel libro singular, publicado por primera vez en 1842 y que se titula: *La Biblia en España; ó los viajes, aventuras y prisión de un inglés en un empeño de hacer circular las Escrituras en la Península (The Bible in Spain; or, the journeys, adventures and imprisonments of an englishman in an attempt to circulate the scriptures in the Peninsula)*. Que es, aunque escrito en inglés, el último libro picaresco español, el de inspiración y hechura y aire más parecidos á los de nuestras novelas picarescas. Ni fué lo único que Borrow sacó de la España de acabado el primer tercio del siglo XIX. Tradujo el Evangelio de San Lucas al caló gitano de España y escribió una obra, en parte fantástica, sobre los gitanos españoles, con los que tuvo frecuente é íntimo trato.

El libro de Borrow ha sido y sigue siendo entre el pueblo inglés del interior y chapado á la antigua popularísimo. Y merece serlo. Las más de las ideas que sobre la romántica España tienen los viciados de Borrow. Y es innegable que éste supo ver y sentir nuestra patria en lo más castizo de ella. Sobre uno de los héroes de su libro, el cura de Pitiegua, he logrado adquirir noticias muy interesantes y que redondean la etopeya de aquel varón singular, D. Antonio Aguilar por nombre, según he logrado averiguar, á quien no sin justicia rindió Borrow el tributo de su admiración algo avara.

Con Mendizábal, Alcalá Galiano, Istúriz, el duque de Rivas y otros hombres públicos pasan por el libro de Borrow retratos de arrieros, gitanos, trajinantes, canónigos, etcétera y hasta el de Balseiro, el compañero del célebre ladrón Candela. Mas en general interesábase á Borrow, más que nuestras clases media y alta, más que los españoles instruidos, el pueblo bajo, el de las ventas y los caminos y las plazuelas; y más que nuestra literatura, á la que no parece que dedicó demasiada atención, le interesaba nuestra lengua. De nuestra literatura española dice que apenas es digna del lenguaje — *scarcely worthy of the language* —, y acaso el juicio es muy exacto. La lengua española se merece otra literatura mejor, más densa, más enérgica y más jugosa.

A Borrow le gustó mucho Madrid. Y no por la urbe, sino por su pueblo, estrictamente español en 1835. Apenas había extranjeros entonces: algunos sastres, guanteros y peluqueros franceses; nada de colonias de alemanes como en San Petersburgo, ni factorías inglesas como en Lisboa, ni multitudes de (insolentes) yanquis barzoncando por las calles como en la Habana, con un aire que parece querer decir: «el país es nuestro dondequiera que nos plazca cogerlo». Y después de saludar en un pintoresco inglés atestado de palabras españolas — y esto debe añadir encanto al libro para los ingleses — á los aguadores de Asturias, caleseros de Valencia, pordioseros de la Mancha, mayordomos y secretarios de Vizcaya y Guipúzcoa — en esto último coincide con Cervantes —, toreros de Andalucía, reposteros de Galicia y tenderos de Cataluña, y á los castellanos, extremeños y aragoneses, y á los genuinos hijos de la capital, á los veinte mil manolos cuyas terribles navajas hicieron tal estrago el 2 de Mayo en las huestes de Murat, Borrow añade:

«Y á las clases altas, á los caballeros y señoras, ¿he de pasarlos en silencio? La verdad es que apenas tengo qué decir de ellos; mezcléme muy poco en la sociedad, y lo que de ellos vi de ningún modo tiraba á ensalzarlos en mi imaginación. No soy uno de aquellos que adonde quiera que vayan acostumbran rebajar á las clases altas y ensalzar, á costa de ellas, al populacho. Hay muchas capitales en que la alta aristocracia, los grandes y las damas, los hijos é hijas de la nobleza forman la más notable y más interesante parte de la población. Tal es el caso en Viena y más especialmente en Londres. ¿Quién puede rivalizar con el aristócrata inglés en elevada estatura, en dignificado porte, en fuerza de mano y en valor de corazón? ¿Quién monta más noble caballo? ¿Quién tiene más firme asiento? ¿Y quién más amable que su mujer, su hermana ó su hija? Pero con respecto á la aristocracia española, los caballeros y señoras, creo que cuanto menos se diga de ellos en los puntos á que acabo de aludir, tanto mejor. Confieso, sin embargo, que sé poco acerca de ellos; tienen tal vez sus admiradores, y á las plumas de éstos dejo su panegírico. Le Sage los ha descrito tales como eran hace unos dos siglos. Su descripción es todo menos cautivadora, y no me parece que hayan mejorado desde el período de los bosquejos

del inmortal francés. Prefiero hablar de las clases bajas, no sólo de Madrid, sino de toda España.»

Y esto de Borrow me recuerda lo que uno de mis amigos ingleses, profundo conocedor del pueblo español, me decía una vez, y es que un aldeano español está tan por encima de uno inglés como un noble inglés está por encima de uno español.

Prosigue Borrow:

«El español de la clase baja tiene mucho más interés para mí, sea manolo, labriego ó muletero. No es un sér vulgar; es un hombre extraordinario. No tiene, es verdad, la amabilidad y la generosidad del mujic ruso, que daré su único rublo antes de que le falte al forastero, ni su plácido valor, que le hace insensible al miedo, y que á la orden de su czar le envía cantando á una muerte cierta. Hay más dureza y menos abnegación en la disposición del español, pero posee un espíritu de soberbia independencia que es imposible dejar de admirar. Es ignorante, por supuesto; pero es cosa singular que he hallado invariablemente entre las clases bajas y levemente educadas mucha más liberalidad de sentimientos que entre los altos. Ha sido largo tiempo moda hablar de la santurronería de los españoles y de sus bajos celos de los extranjeros. Esto es verdad hasta cierto punto, pero se verifica principalmente con res-

pecto á las clases altas. Si el valor ó el talento extranjeros no han sido nunca debidamente apreciados en España, no es la culpa, ciertamente, de la gran masa de los españoles. He oído calumniar á Wellington en esta soberbia escena de sus triunfos, pero jamás por los viejos soldados de Aragón y de Asturias de las asistieron á vencer á los franceses en Salamanca y en los Pirineos. He oído criticar la manera de montar de un jinete inglés, pero fué al idiota heredero de Medinaçeli y no á un picador de la plaza de toros de Madrid.»

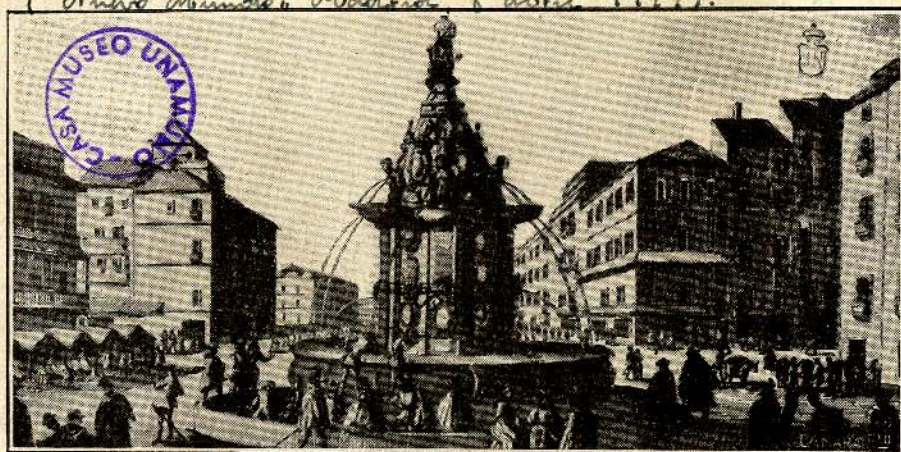
Esta observación y juicio

de Borrow nos parece exacta. Y si así era en la España de 1835, así sigue siendo en la de 1917. La xenofobia, esto es: la aversión al extranjero ó, más bien que aversión, el recelo hacia él, la xenofobia española, es sentimiento, y sentimiento muy bajo, de las clases media y alta. La clase baja española, es decir, la no educada, la no mal educada, está siempre más dispuesta á reconocer los méritos de los pueblos extranjeros cuando tiene ocasión de ponerse en contacto con estos pueblos. La xenofobia española, y muy en especial la anglofobia, es un producto artificial y artificioso, como Oliveira Martins decía que lo era la hispanofobia portuguesa. Es un producto de mala educación y de una sistemática falsificación de la historia pasada y de la presente obrando sobre dos sentimientos nacionales nuestros, de que se debía tender á corregirnos al educarnos, y son: la quisquillosidad y la recelosidad.

Lo de echar la culpa á los extranjeros, á franceses ó ingleses sobre todo, de nuestras torpezas y nuestras desgracias, es cosa corriente entre nuestras clases mal educadas; quiero decir entre las estropeadas por una tendenciosa mala educación. Y así se nos cultiva la honda pereza espiritual, la holgazanería de nuestro fatalismo, nuestra fatal haraguería. De los más de nuestros desastres nacionales echamos la culpa á los otros, á los de fuera. Fingimos en ellos desdenes que no existen ó nos apresuramos á recoger los de cualquier pelagatos, exagerándolos ó tergiversándolos no pocas veces, y pasamos por alto los juicios serenos y justos cuando no los atribuimos á un torcido interés en adularnos. Si hablan mal ó creemos que hablan mal de nosotros, aunque así no sea, es que demuestran sus verdaderos sentimientos, y si nos alaban ó elogian en algo, es que buscan seducirnos. Porque no hay nada más vicioso que un español con tradicional educación castiza.

De aquel mismo Borrow que tan bien aprendió á conocer al pueblo español y tanto le quiso y tan justo fué con nosotros, he oído decir á algún mentecato que ha leído su obra que trazó una caricatura de España. Y yo le digo que su obra puede ponerse al lado de nuestras novelas picarescas y de las mejores. Y que es hora de que empecemos á reconocer que hay mucha más verdad de lo que á nuestra quisquillosa recelosidad le cuesta confesar en el fondo de la España pintoresca que corre por ahí fuera, y hasta en la llamada de abanico. Que haya otra España no cabe duda, pero también hay esa. Y hay la picaresca. Y hay la troglodítica.

Mas aun queda mucho por decir de la xenofobia de nuestra mal educada y mal instruída clase media, petulante, quisquillosa y recelosa. Y más petulante cuanto más abomina de la petulancia y exalta el hipócrita sentir á la pata la llana. — Miguel de Unamuno



Vista de la fuente de la Puerta del Sol y su plaza